

Conferencia Episcopal de Colombia

Departamento de familia y vida

Encuentro Nacional de Pastoral Familiar, del 19 al 21 de octubre de 2023

*“La Iglesia sostiene la misión educativa de la familia”*

Mensaje de apertura

*Gabriella Gambino*

Subsecretario del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Quisiera saludar cordialmente a todos y agradecerles esta invitación, con ocasión del Encuentro Nacional de Pastoral Familiar, dedicado al tema *“La Iglesia sostiene la misión educativa de la familia”*. La decisión de situar su reflexión en el horizonte de los *Itinerarios catecumenales para la vida matrimonial* y, en particular, de la preparación *remota* al sacramento del matrimonio, me da la oportunidad de detenerme brevemente en algunos aspectos, que espero les ayuden en su discernimiento pastoral.

La fase de preparación remota al sacramento del matrimonio ya había sido prevista por la *Familiaris consortio*, en el n. 66. Como se lee en el texto, ésta “comienza desde la infancia, en la sapiente pedagogía familiar, orientada a conducir a los niños a descubrirse a sí mismos como seres dotados de una rica y compleja psicología y de una personalidad particular con sus fuerzas y debilidades” (n. 66). Así, la preparación remota “pretende, desde la infancia, “preparar el terreno” en el que se puedan injertar las semillas de la futura vocación a la vida matrimonial.” (Itinerarios, n. 27).

Esta es la novedad que esperamos aportar a la Iglesia: anunciar a los niños que, si un día se casan y tienen hijos, será porque el Señor los llama a una auténtica vocación cristiana. Una vocación en la que tendrán todas las condiciones para vivir en plenitud

el amor, el don de sí mismos y experimentar, incluso en las dificultades de la vida cotidiana, el perdón y la misericordia de Dios en las relaciones con sus seres queridos.

Por eso, “la Iglesia, con premuroso cuidado maternal, buscará el modo más adecuado de “narrar” a los niños el proyecto de amor que Dios tiene para cada persona” “y que, se manifestará como una llamada vocacional” (Itinerarios, n. 28). No podemos seguir dejando que la mayoría de los jóvenes lleguen a la decisión de casarse casi por casualidad y después de una adolescencia marcada por experiencias afectivas dolorosas para su vida espiritual. “Preparar el terreno” a una vocación significa inculcar a los niños la estima por cada *valor humano* auténtico, cultivando la estima de sí mismo y la estima por los demás, enseñando el autocontrol, el uso correcto de las propias inclinaciones, el respeto por las personas del otro sexo y la dignidad de todo ser humano” (Itinerarios... n. 27). En la actualidad, muchas parejas eligen deliberadamente no casarse y nosotros, como Iglesia, nos preguntamos continuamente qué hacer para guiar a nuestros hijos a elegir el matrimonio cristiano.

Pero ¿somos capaces de mostrarles y explicarles en un lenguaje adecuado para los jóvenes las razones por las que la sexualidad hedonista y consumista que ven en las redes sociales nunca les hará felices? ¿O por qué los vínculos débiles y superficiales, no les permitirán construir una vida sólida, ni desde el punto de vista material, ni desde el punto de vista espiritual? ¿Cómo transmitirles el mensaje de que sólo la estabilidad, construida sobre la verdad y la gracia que genera la presencia de Cristo entre los esposos, puede darles la capacidad de vivir juntos para siempre, a pesar de las caídas, los errores y las tentaciones de ceder al egoísmo personal?

Es aquí donde se juega la tarea de los educadores, en las parroquias y en las comunidades, que deben ser capaces de dar este testimonio; es aquí donde se juega el papel de los padres, de las familias, que necesitan desarrollar nuevas capacidades relacionales, lenguajes adecuados y una profunda conciencia de las preguntas que atormentan a nuestros hijos, en relación con sus opciones de futuro. No olvidemos

que estamos inmersos en una cultura individualista, que genera en ellos, y en todos nosotros, la continua necesidad de volver a comprender por qué no podemos ser autosuficientes, por qué debemos afrontar el mundo y la realidad relacionándonos con los demás, y en primer lugar con Dios. A los adultos nos cuesta ser “padres y maestros” de nuestros hijos.

Necesitamos ser ayudados por la Iglesia. Necesitamos ser acompañados por nuevos procesos formativos para establecer diferentes y nuevos modos de alimentar las relaciones educativas. Necesitamos criterios para acompañar a nuestros hijos en un sano discernimiento interior, para establecer correctamente el rumbo con una visión clara de la meta. Porque la vida sólo se entiende desde su meta. Por eso, centren con valentía su trabajo pastoral en anunciar a los niños y jóvenes la vocación cristiana; acompañen a padres y educadores en el redescubrimiento de aquellos valores que pueden ayudarles a guiar a sus hijos por el camino de la vida.

Hay un “falso mito”, que parece haber afectado al proceso educativo contemporáneo, y lo constatamos en muchas culturas y países del mundo: la idea de que la educación, para ser auténtica y generar sujetos libres, debe ser totalmente aséptica y neutral en sus contenidos axiológicos y valorativos, desprovista de referencias objetivas. Basta pensar en cómo se presentan a nuestros hijos las prácticas y legislaciones bioéticas actuales, aquellas que ponen en juego el concepto de persona y el respeto a la vida humana: el aborto, la eutanasia, el suicidio, la inseminación artificial, la identidad de género *neutral*. Sin embargo, por experiencia, como padres sabemos que la verdadera libertad no es en absoluto aquella condición que se crea cuando abandonamos a nuestros hijos en el laberinto de las propuestas ideológicas y culturales, sin indicarles una dirección, sino que la libertad se configura cuando les ayudamos a saber distinguir, a saber escuchar y responder a la propuesta de Amor que Dios hace a cada uno de ellos para poder decir sí a su vocación.

Por eso es urgente derrumbar esta “primacía de la indiferencia”, como la llama el papa Francisco, y poner en el centro de los procesos educativos cristianos al hombre

en su integridad, y en su necesidad de coherencia, de unidad y totalidad de cuerpo y espíritu. Para el cristiano, “educar” significa ayudar al hombre a “ser” más hombre, decía san Juan Pablo II. Supone volver a proponer una visión integral de la persona: su valor único e insustituible, su ser siempre en relación con Dios y con los demás, su ser amado por el Padre por sí quien es.

Esta es la “pasión educativa” que nos debe alimentar, como Iglesia y como padres: la voluntad de desmontar ese subjetivismo, que impide a nuestros hijos penetrar en la complejidad de la realidad y comprenderla. Queremos cuidar su vida espiritual, para que puedan elegir el verdadero bien.

Juntos debemos construir nuevos escenarios educativos: contextos formativos en los que tengamos la valentía de volver a unir educación, fe y moral para construir personas unidas, íntegras y coherentes en la búsqueda de la vocación a la que han sido llamadas. *El problema, en definitiva, es acompañar a las familias a poner a sus hijos en la condición de decir sí a Cristo* para permitir que Dios se manifieste en sus vidas y los lleve de la mano.

Este es el sentido de la fase precatecumenal y remota prevista por el Documento sobre los Itinerarios. ¡Si conseguimos perseguir este objetivo en la pastoral, habremos hecho el 90 por ciento del trabajo! La felicidad de generaciones enteras depende de su servicio pastoral, de su pasión educativa cristiana como formadores e Iglesia viva, laicos y pastores juntos, siempre iluminados por el Espíritu Santo.

Gracias por su entrega y generosidad en el trabajo pastoral.